

XX Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 56, 1. 6-7; Romanos 119 13-15. 29-32; Mateo 15, 21-28

«*Mujer, ¡qué grande es tu fe!*»

14 Agosto 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar, y se va a revelar mi victoria*»

En estos días de violencia, de crisis y de odios incontrolados, la semana de la jornada mundial de la juventud con el Papa en Madrid nos trae un aire nuevo de esperanza. En esta semana, junto a Benedicto XVI y miles de jóvenes, queremos soñar con un mundo nuevo. Un viejo cuento viene a mi memoria: «*Una mañana un viejo Cherokee le contó a su nieto acerca de una batalla que ocurre en el interior de las personas: -Hijo mío, la batalla es entre dos lobos dentro de todos nosotros. Uno es malvado: es ira, envidia, celos, tristeza, avaricia, arrogancia, autocompasión, culpa, resentimiento, inferioridad, mentiras, falso orgullo, superioridad y ego. El otro es bueno: Es alegría, paz amor, esperanza, serenidad, humildad, bondad, benevolencia, empatía, generosidad, verdad, compasión y fe. El nieto lo meditó por un minuto y luego preguntó a su abuelo: -¿Qué lobo gana? El viejo Cherokee respondió: -Aquél al que tú alimentas*».

Miramos nuestro corazón y comprendemos la verdad de estas palabras. Llegamos a ser aquello que cultivamos. Allí donde invertimos obtenemos el fruto. La lucha en nuestro interior la vence el mal cuando alimentamos esos sentimientos de odio y venganza. Cuando los alimentamos crecen y hacen que nuestros deseos de bien desaparezcan. Sin embargo, cuando alimentamos el bien, cuando hacemos de nuestra vida un signo de la misericordia de Dios, vence en nosotros el amor. El otro día leía una reflexión del P. Kentenich: «*¿Dónde está en realidad el cielo? Mi alma en gracia es el cielo para mí, es el cielo para el Dios Trino*»¹. Nuestra vida puede ser un reflejo del cielo, de Dios. Depende de nosotros. La respuesta a la falta de paz, a la crisis que nos rodea, comienza en el corazón de cada hombre, en su interior. El mundo en su totalidad nos desborda, no lo abarcamos y nos sentimos muy débiles; para esos problemas tan complejos no hallamos respuestas. Sólo tenemos dominio sobre nuestro corazón. Ahí decidimos. **¿Qué sentimientos son los que alimentamos? ¿Qué lobo vence en nuestro interior cada día?**

Vivimos en un tiempo difícil de comprender. Una sociedad crispada que no sabe hacia dónde camina. Un tiempo de problemas que no parecen tener solución. Un mundo que arde envuelto en una crisis profunda que no tiene fin y se niega a poner su mirada en Dios porque ha dejado de creer en el Más Allá. Leía hace poco: «*El ser humano se consume innecesariamente en tensiones y preocupaciones que podría dejar en manos del propio Dios, si confiase lo suficiente. Realmente no es fácil poner nuestro propio destino y todo lo demás en manos de Dios*»². Es ese hombre sin Dios, que confía sólo en sus fuerzas, el mismo que increpa a la Iglesia y la rechaza con violencia, sin saber muy bien por qué. Como decía Benedicto XVI: «*El cristianismo se ve expuesto a una presión de intolerancia que lo caricaturiza, y después, en nombre de una aparente racionalidad, quiere quitarle el espacio que necesita para respirar*»³.

Ante la reacción violenta por la venida del Papa a Madrid vemos en muchos corazones el

¹ J. Kentenich, “Kentenich Reader”, T II, 167

² Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 128

³ Benedicto XVI, “Luz del mundo”, 66

reflejo de un odio profundo contra Dios, contra la Iglesia, contra los cristianos, casi contra el hombre mismo. Cuando el ser humano pierde como referencia en su vida a Dios, a su Creador, pierde el sentido, se deshumaniza y deja que el lobo del odio que lleva dentro crezca hasta hacerse demasiado poderoso. Ante el rechazo y la violencia que vemos en ese hombre que no tiene a Dios, hoy pensamos en cómo es nuestra actitud interior. Algunas veces me ha tocado escuchar a algunos cristianos comprometidos manifestar su deseo de pagar mal con mal. **Pero la violencia engendra violencia. La intolerancia desata la intolerancia. ¿Es esa nuestra respuesta como cristianos ante la violencia?**

Frente a esta actitud ante la vida, que permite que el lobo del mal venza en el alma, me alegran las palabras de Santa Teresa Benedicta de la Cruz. Esta santa nos anima a adoptar otra actitud, una actitud de esperanza y respeto: «*Cuanto más se siente uno atraído por Dios, más debe salir de sí mismo, en el sentido de dirigirse al mundo presentándole una razón divina para vivir*»⁴. El hombre que vaga sin sentido necesita personas que le muestren un sentido. Y necesita nuestra acogida para mostrarles el mundo de Dios. Cuando rechazamos al que piensa distinto y lo juzgamos, cuando apartamos al que no cree, le cerramos la puerta a la esperanza. Una persona me hablaba hace poco del sufrimiento que sentía al ver cómo muchos vivían lejos de Dios: «*Quisiera no ver cómo es la vida sin Dios en muchos compañeros, en muchas amistades, en personas que tengo cerca y a las que quiero, ¡cómo sufren por no conocer a Dios! A veces me sorprende pidiéndole que les dé tantas oportunidades como a mí, como si dudara de que lo hiciera. Me duele, porque tienen cerca a Dios e incluso así no pueden o no saben verlo*». Muchas veces experimentamos todos lo mismo. En el trabajo, en nuestra familia, nos encontramos con personas que sufren porque no conocen a Dios y nos gustaría darle esa fe que nosotros recibimos como don. Me decía una persona: «*No sabe lo difícil que resulta no dejarse llevar por la corriente en el mundo de ahí fuera*». Con frecuencia nos sentimos impotentes. Hoy nos consuela volver a escuchar que Dios nunca cierra el corazón. Aguarda siempre al que lo busca. Se manifiesta, aunque pensemos que no lo hace. Así leía hace poco: «*Cuando se le revela la bondad de Dios, el amor de Dios, el ser humano empieza a llenarse de paz. Dios se revela continuamente, no se escatima, sólo es necesario abrirse a Él*»⁵. Es necesario **pedir para que muchos puedan abrir su corazón y dejar así que Dios los toque y les dé una esperanza nueva para caminar.**

En este contexto difícil en el que nos toca vivir, hoy las palabras de Isaías nos dan esperanza. La salvación del Señor está cerca y nosotros estamos llamados a practicar la justicia y servir a Dios para reflejar así su misericordia: «*Así dice el Señor: -Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar, y se va a revelar mi victoria. A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo, para amar el nombre del Señor y ser sus servidores, que guardan el sábado sin profanarlo y perseveran en mi alianza, los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración, aceptaré sobre mi altar sus holocaustos y sacrificios; porque mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos*». Isaías 56, 1. 6-7. Ya lo decía Juan Pablo II: «*Que nadie se haga ilusiones de que la simple ausencia de guerra, aun siendo tan deseada, sea sinónimo de una paz verdadera. No hay verdadera paz si no viene acompañada de equidad, verdad, justicia, y solidaridad*». Y es verdad que muchas veces el odio y el deseo de violencia surgen a causa de las injusticias, de la falta de equidad, de la ausencia de respuestas a problemas que parecen no tener solución. La indignación puede llevar a la violencia. En este mundo que se rebela contra la injusticia, nosotros mismos podemos ser causa de injusticias, podemos sembrar odios con nuestra actitud, con nuestras formas de vivir el trabajo, con nuestra manera de vivir y de amar. De nada sirve rezar y suplicar a Dios con insistencia, si nuestros actos contradicen nuestra fe. Ningún efecto tiene el hecho de estar muy cerca de Dios, si nuestros actos no reflejan esa pertenencia. La

⁴ Colección “El camino de Damasco”, nº 7, 54

⁵ Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 123

indignación llena el corazón del hombre cuando no ve salida a su situación, cuando no tiene respuestas a tantas preguntas abiertas. Sus gritos, como el grito de la mujer cananea, los escuchamos y muchas veces no hacemos nada, guardamos silencio. Tal vez nos sentimos impotentes. Tal vez nos hemos acostumbrados a la injusticia. El hombre de hoy ha vuelto su espalda a Dios y, entonces, ya sí que no encuentra respuestas verdaderas, respuestas que den sentido a su vida. **Los cristianos estamos llamados a sembrar justicia y paz, a construir en igualdad y unir. Somos enviados como testigos de la misericordia de Dios, a crear un nuevo orden social con nuestras vidas.**

En el Evangelio de hoy Jesús salió de los límites geográficos de Israel y se adentró en tierra de paganos: «*En aquel tiempo, Jesús se marchó y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea*». En realidad, a los habitantes de Tiro y Sidón se les llamaba sirofenicios. Mateo utiliza un término arcaico, «cananeo», para designar a un pueblo del que los judíos debían mantenerse alejados. Resalta así que la mujer no pertenecía a la raza elegida por Dios. Cristo, en sus palabras y obras, tenía como destinatarios a los miembros del pueblo elegido, el pueblo de Israel. No había venido a predicar a los paganos, porque el camino era que todos los pueblos de la tierra entraran a formar parte del Reino de Dios a través de los descendientes de Abrahán. Esa era la lógica de su tiempo y la mentalidad de muchos miembros de la comunidad cristiana a la que iba dirigido el Evangelio de Mateo, comunidad integrada sobre todo por judíos convertidos al cristianismo. Jesús se sitúa en esta forma de pensar para después actuar contra la misma en el relato que hemos escuchado. Las palabras de Pablo, apóstol de los gentiles, muestran cómo la salvación rompe las barreras y la misericordia llega a todos los corazones. Todos pueden recibir la luz de Cristo: «*Os digo a vosotros, los gentiles: Vosotros, en otro tiempo, erais rebeldes a Dios; pero ahora, al rebelarse ellos, habéis obtenido misericordia. Así también ellos, que ahora son rebeldes, con ocasión de la misericordia obtenida por vosotros, alcanzarán misericordia. Pues Dios nos encerró a todos en la rebeldía para tener misericordia de todos*. Romanos 11, 13-15. 29-32. **La misericordia de Dios no conoce barreras, vence siempre.**

Pero el camino que permite que se manifieste la misericordia de Dios, comienza cuando se surge la necesidad en el corazón del hombre. Es la experiencia más profunda del ser humano que se confronta con su contingencia. Así comienza el relato de hoy. Se trata de la necesidad de una mujer que clama y grita buscando una respuesta para su hija enferma: «*Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: - Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo*». La necesidad nos saca de nuestra pasividad, rompe las barreras de nuestros miedos. ¡Cuánta gente vuelve hoy su mirada hacia Dios cuando sufre en su carne el dolor de la enfermedad o la dureza de la crisis! ¡Cuántos corazones elevan a Dios sus gritos cuando no comprenden el camino que toman sus vidas! La necesidad nos hace clamar a Dios buscando respuestas. Cuando nos sentimos desvalidos, demasiado pequeños y frágiles ante las dificultades de la vida, surge la necesidad de encontrarnos con Dios. Necesitamos su amor y su misericordia para tener fuerzas suficientes para seguir caminando. Necesitamos que Dios vuelva su mirada sobre nosotros y nos dé su paz. Siempre la necesidad nos saca de nuestra autosuficiencia. Cuando necesitamos a otros rompemos nuestra comodidad y nos ponemos en camino buscando manos que nos socorran. Cuando nos sentimos vulnerables volvemos a Dios. **El orgullo y la autosuficiencia nos alejan y hacen que vivamos de espaldas a su misericordia.**

La mujer grita detrás de Jesús y los discípulos le explican a Jesús cuál es su necesidad. Sin embargo, «*Él no le respondió nada*». Este silencio de Dios siempre nos asusta y, a veces, incluso nos atormenta. ¿Cuántas veces nos hemos quejado de este silencio, de esta ausencia aparente de Dios cuando más lo necesitábamos? ¿Acaso no nos molesta la oscuridad en la que se oculta y su desinterés aparente cuando suplicamos su ayuda? El

silencio de Dios nos desconcierta. Nos rebelamos ante él con frecuencia. En ocasiones podemos llegar a desistir en nuestra súplica pensando que no puede hacer nada. El ejemplo de la mujer cananea, por el contrario, nos anima a no perder nunca la esperanza. Ella no desiste ante el silencio de Jesús y sigue gritando. No entiende que pueda ser rechazada, lo espera todo, porque no se siente excluida de la salvación: «*Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: -Atiéndela, que viene detrás gritando*». Los discípulos parecen más misericordiosos que el mismo Cristo. Tal vez ya no podían soportar esos gritos, esa insistencia sin respuesta. Sin embargo, las palabras de Jesús vuelven a provocar un nuevo silencio: «*Él les contestó: -Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel*». Jesús pone claro el sentido de su misión. La misma claridad compartida con los discípulos y con el pueblo elegido. Ante ese argumento parece que ya no valen los gritos. La respuesta de Jesús nos desconcierta también a nosotros: ¿Cómo es posible que Jesús rechace a una mujer con una hija enferma? ¿Cómo podía hacer caso omiso de esos gritos insistentes? ¿Dónde está ese Jesús que conocemos, lleno de misericordia y de paz, que no hacía nunca acepción de personas y aceptaba a todos en su Reino? No entendemos el sentido de sus palabras y menos aun su respuesta: «*Él le contestó: -No está bien echar a los perros el pan de los hijos*». No se trata, sin embargo, de una expresión despectiva; es una manifestación de lo que creía pueblo judío: de nada servía hacer partícipes de los dones mesiánicos a aquéllos que no creían. **No obstante, ni siquiera esta respuesta logra que la mujer cananea deje de buscar respuestas. Ella sigue insistiendo y no acepta el rechazo.**

Esta mujer llena de fe, en lugar de marcharse sin esperanza, humillada, se postra ante Jesús, se pone de rodillas y manifiesta su fe sencilla: «*Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió: -Señor, socórreme*». Su perseverancia y su fe humilde le traen la verdadera salvación y logran que el Mesías realice el milagro: «*Pero ella repuso: -Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos. Jesús le respondió: -Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas. En aquel momento quedó curada su hija*». Mateo 15, 21-28. La insistencia de su grito vence en las palabras de Cristo. Su fe la salva. Su perseverancia nos muestra un camino de salvación. Su fe viva le permite no desistir y hace que su corazón se incline ante Dios. El P. Kentenich habla del camino para tener una fe viva: «*La gente habla de una fe viva en la Divina Providencia. ¿Cómo vivificarla? A través del cultivo de la esperanza y del amor. La fe actúa por la caridad. Esta fe debe modelar, formar y transformar a todo el hombre*»⁶. El amor hacia su hija y la esperanza de salvación alimentan la fe de esta mujer. Su humildad es el comienzo de su salvación, porque es capaz de arrodillarse. Hacen falta mucha humildad y mucho valor para vencer las barreras de nuestros miedos. Ella logra vencer así las barreras que la alejaban de Cristo. **Porque cree contra toda esperanza. Su fe viva la anima a luchar y a no dejarse vencer.**

Y es que muchas veces el miedo nos puede atenazar y puede bloquear nuestros pasos. Nos incapacita para vencer los obstáculos. Es normal tener miedo, es humano. Porque muchas cosas nos asustan. Nos dan miedo la vida, la inseguridad, las circunstancias que no nos favorecen, las personas amenazantes, las barreras que la sociedad impone. Todos tenemos miedo. Pero es muy importante pensar en esos miedos que nos quitan la paz y no nos dejan luchar por lo que creemos. En esos miedos que nos esclavizan y no nos dejan ir más allá de los límites que nosotros mismos nos ponemos. Queremos entregarles esos miedos a Dios y a nuestra Madre en el Santuario. Sólo ellos nos pueden liberar de tantas ataduras. Porque todos queremos caminar con confianza, con un corazón libre. Hace poco leía una entrevista hecha a James Franco, actor americano, en la que comentaba: «*Hace cinco años decidí vivir y hacer lo que quisiera. Jamás he dejado de intentar algo porque vivo sin miedo*». En realidad, muchas veces dejamos de hacer cosas por miedo, dejamos de creer y de luchar. El pensamiento de no valer lo suficiente, la posibilidad

⁶ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 305

siempre real del fracaso, o la tentación de querer valer y no ser nunca rechazados, nos atan las manos y no nos dejan dar pasos audaces y valientes en nuestra vida. **Hoy le pedimos a Dios un corazón capaz de vencer los miedos y buscar aquello que anhelamos con el corazón, sin restricciones, sin miedo, sin dudas.**

Al mismo tiempo, estos miedos y cobardías pueden hacer que nos alejemos de Dios. En nuestra relación con el Señor surge también ese miedo al rechazo. Sentimos que no valemos y que Dios sólo quiere nuestros éxitos y logros; nos sentimos indignos. Recuerdo las palabras de una persona que me decía: «*Dudo que ese barro pueda unirse a la Cruz del Señor, pero eso es lo que tengo*». Nuestra pobreza, la miseria de nuestra vida, son nuestra carta de presentación; nuestra debilidad es lo que Dios ama, aunque nos cuesta creérnoslo. Él no quiere nuestro pecado, pero ama nuestra vida llena de pecado, cuando nos arrepentimos y buscamos su misericordia. Porque nos quiere como niños. La mujer cananea no tenía nada para poderse ganar el favor de Jesús. No entraba dentro de esos hijos elegidos por Dios. No pertenecía al pueblo elegido, no tenía nada que ofrecerle al Mesías, sólo su grito audaz y su pobreza. Su fe y su valor eran su carta de presentación. En su pequeñez, venciendo los miedos y las barreras impuestas, fue capaz de avanzar sin perder nunca la fe. Ni siquiera las palabras de Jesús la desanimaron, tampoco sus silencios. Su fe y la conciencia de saber que en ese hombre estaba escondido Dios, le dieron valor para seguir caminando. El camino fue la humildad. Primero el valor de acercarse, después la humildad de postrarse en el suelo y suplicar misericordia. En su rostro, Cristo vio dibujada su fe y la esperanza de vivir en plenitud. **Cristo, al mirarla, la hizo digna, enalteció su vida y le dio luz a su pobreza.**

La mirada de Cristo sobre la cananea la significa. Su mirada de amor es lo que nos hace dignos, no nuestros méritos y títulos adquiridos, ni nuestra condición. Dice el Salmo: «*El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges los pueblos con rectitud y gobernas las naciones de la tierra. Que Dios nos bendiga*». Sal 66, 2-3. 5. 8. Pero, para poder mirarnos, para poder mostrarnos su rostro y desvelarnos su misericordia, Dios necesita una sola cosa, nuestro sí lúcido. Una persona me comentaba cómo tendría que ser el sí que le damos a Dios: «*Él no necesita el Sí de lo que le doy, sino un Sí de lo que nunca le podrá dar. Porque no está en nosotros el amor, sino que en nuestro vacío está Su amor. Y nuestro vacío sólo se logra aceptando con gratitud su voluntad*». Es ese sí imposible el que necesita, el mismo sí que dio María. El sí contra toda esperanza. El sí capaz de romper las barreras y los miedos y que nos alienta a dar lo que no tenemos, lo que viene de Dios. El sí valiente y audaz, ese sí fundado en una fe firme. El P. Kentenich nos recuerda cómo debería ser nuestro sí: «*Mi sí tiene que estar esclarecido e iluminado por la luz de la fe*»⁷. Las palabras de S. Pablo nos han permitido preparar la Jornada Mundial de la Juventud: «*Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*». Estas palabras han ido preparando nuestro corazón para el encuentro que tendrá lugar esta semana con el Papa. Miles de jóvenes dejan sus casas para llegar a Madrid a fortalecer su fe, queriendo que sea una fe viva, llena de luz y esperanza. Porque Dios necesita nuestra fe viva y fortalecida, nuestra fe iluminada. Decía el P. Kentenich: «*El hombre común necesita coraje para desarrollarse en el plano puramente natural; imaginad cuánto coraje necesitará entonces para adentrarse en la oscuridad de la fe. Nuestro sí no es desesperado, sino valiente y alegre, aun cuando a veces esté unido a muchas situaciones de angustia*»⁸. Es el sí de tantos jóvenes llenos de esperanza, que creen en otros valores verdaderos, que miran el futuro con optimismo, como fruto de una fe viva y auténtica. Hoy suplicamos tener la fe de esa mujer cananea, **una fe intrépida y luchadora, capaz de superar los obstáculos y las dudas.**

⁷ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 313

⁸ Ibídem, 312